

nomenclatura justiniana do século VI), alfabeticamente ordenadas pelo nome grego “lematizado”, isto é, na forma grega *recepta* mas em transcrição latina.

Cada uma dessas províncias-dioceses tem uma estrutura repetitiva, partindo do tal “lema” e seguid: os dados geo-administrativos que lhe dizem respeito, as variantes nas diferentes línguas, incluindo o copta e o árabe..., até a um item de *Varia* e à bibliografia pertinente – passando por: testemunhos históricos antigos; construções sagradas; a residência episcopal; os testemunhos epigráficos referentes aos bispos.

Um *Anhang* ou “anexo” agrupa uma série de índices: temático, antropomástico e toponímico/topográfico, mais várias combinações de concordância linguística dos lugares referidos/estudados.

Encontramo-nos pois perante um trabalho científico apurado, típico da escola do TAVO (Tübingen Atlas des Vorderen Orients) e que completa deste modo, para as origens antigas e num ângulo específico, o gigantesco trabalho realizado por Stephan Timm, *Das christlich-koptische Ägypten in arabischer Zeit*, 6 vols., «Beihefte TAVO, Reihe B», 41,1-6 (Wiesbaden 1984-1992), com o volume de índices compilado por Karl-Heinz Brune e publicado em 2007 (a obra é hoje acessível na net!).

ADEL SIDARUS

(Inst. Est. Or., Univ. Cat. Portuguesa, Lisboa)

SOTO CHICA, José, *Bizancio y los Sasánidas. De la lucha por Oriente a las conquistas árabes (565-642)* (Granada: Centro de Estudios Bizantinos, Neogriegos y Chipriotas, 2012), 413 pp. ISBN: 978-84-95905-40-6

José Soto Chica es doctor en Historia Medieval por la Universidad de Granada, donde presentó brillantemente su tesis *Bizantinos, Sasánidas y musulmanes. El fin del Mundo Antiguo y el inicio de la Edad Media en Oriente (565-642)*, en el año 2010, de la cual nace esta publicación. El campo de estudio del doctor Soto abarca una amplia temática histórica, no sólo desde el punto de vista temporal, sino también geográfico, ya que entre sus trabajos se incluyen estudios acerca de los eslavos y los búlgaros.

El presente estudio ha de ser valorado antes que nada por ser un trabajo escrito en español, por un historiador español, circunstancia que viene a romper un poco con el tradicional ensimismamiento del que suele hacer gala nuestra Historiografía. Un aspecto que conviene destacar es el gran conocimiento desplegado en las páginas de este estudio, tanto de las fuentes primarias como de la bibliografía más moderna, con todas las dificultades que ello conlleva, pero que no han impedido ofrecer una nueva visión de los acontecimientos que en algunos casos rompe rotundamente con la imagen preestablecida que teníamos. *Bizantinos, Sasánidas...* alude a la guerra entre los dos grandes Imperios de la Antigüedad Tardía, visión que será complementada más adelante con la publicación de *Bizancio y la Persia*

Sasánida: dos Imperios frente a frente. Una comparación económica y militar (565-642), obra actualmente en prensa y que verá la luz a lo largo de 2013 editada también por el Centro de Estudios Bizantinos, Neogriegos y Chipriotas de Granada.

El *Leitmotiv* que recorre la obra es las similitudes en el devenir histórico de los dos grandes imperios que se repartieron el control del mundo en la Antigüedad Tardía: el Imperio Romano de Oriente –la Romania– y la Persia gobernada por la dinastía Sasánida, que venían manteniendo un constante enfrentamiento por el control del Oriente desde el s. III d.C.

El punto de partida de este estudio es de por sí significativo. En el año 565, como bien señala el doctor Soto, el mundo Mediterráneo –y por extensión el del Próximo Oriente– había superado las tribulaciones que habían tenido lugar en el s. V, cuando, tanto romanos como persas, hubieron de hacer frente a las invasiones de pueblos extranjeros –germanos y pueblos de las estepas centroasiáticas respectivamente– que vinieron a desestabilizar a ambos. Y son dos figuras las que destacan en este proceso de centralización de la administración y el poder: Justiniano I y Cosroes I. La historia de estos dos emperadores, enfrentados entre sí, sería digna de la obra de Plutarco, de una *Vida Paralela*. Y no serían los únicos. Leyendo estas páginas, la tentación de hacer lo propio con otras dos grandes figuras: el emperador Heraclio y el Profeta Mahoma, en cuyas vidas hay muchos aspectos que pueden ser equiparables. Pero no adelantemos acontecimientos.

Bizantinos, Sasánidas,... queda dividida en cuatro partes. La primera de ellas (pp. 9-105), quizás sea la que abarque un período más amplio de tiempo, desde 565 hasta 602, en el que se fueron dando los pasos que conducirían al enfrentamiento definitivo entre Persia y la Romania, y que es analizado en las dos partes siguientes. La segunda (pp. 107-204), se ocupada de los veinte años siguientes, hasta 622. Se centra en el reinado de Focas, que había usurpado el poder después de haberse alzado contra el emperador Mauricio y que lo perdería a causa de otra revuelta militar, encabezada por el general Heraclio el Viejo, quien sentó en el trono a su hijo del mismo nombre, para finalizar con un gesto simbólico: por vez primera desde la batalla de Adrianópolis (20 de agosto de 378) un emperador se ponía al frente de sus ejércitos. Los años siguientes, hasta 634, tratados en la tercera parte (pp. 205-266), se ocupan de la nueva fase en la que entra la guerra contra Persia, hasta su derrota definitiva y el establecimiento de un nuevo orden en el que la Romania se había convertido en la potencia hegemónica. Sin embargo, en la cuarta y última parte (pp. 267-355), comprobamos cuán ilusoria era esta imagen, con la irrupción de los árabes del desierto en el espacio que los romanos y persas se habían estado disputando, inaugurando un nuevo equilibrio en el que habían desaparecido algunos de los actores principales de la etapa anterior.

La imagen que el doctor Soto Chica nos transmite de este convulso mundo es muy diferente a la que tradicionalmente se ha venido dando. El Oriente

mediterráneo ha sido siempre terreno abonado para la elaboración de clichés y mitos, siempre contrapuestos a los pretendidos valores encarnados por Occidente, dándole un peso quizás excesivo del que realmente tuvo. Queda muy claro que el principal escenario de la Historia fue Oriente, donde la Romanía tenía su centro. El control de algunos territorios del Occidente, como Italia, servía como colchón y salvaguarda del dominio de las rutas comerciales por el Norte del Mediterráneo y de los flujos migratorios. Pero es un mundo que, como se ve en los enfrentamientos entablados por extender sus esferas de influencia por territorios como Abisinia, la Península Arábiga o las estepas centro-asiáticas, era mucho más grande de lo que *a priori* pudiera pensarse.

Uno de los estereotipos que primero se vienen abajo es el del supuesto declive del Imperio después de las campañas emprendidas durante el período justiniano. Un detallado desglose de los gastos, pagos a los pueblos aliados, etc.. extraídos de las fuentes permiten esbozar un cuadro completamente diferente. La Romanía estaba muy lejos de un estado de ruina económica o militar, que sí será más evidente con la llegada al poder de Focas. De hecho, salvaron la situación frente a los persas en Oriente, aprovechándose en buena medida de las turbulencias vividas *ca.* 590, cuando Mauricio tuvo que ayudar a Cosroes II a asentarse en el trono. Es cierto que hubo momentos en los que la arquitectura de alianzas erigida por Justiniano estuvo a punto de derrumbarse, pero no fue a causa del agotamiento de los recursos, sino por la falta de tacto y visión de sus sucesores. No en vano, supieron aprovecharse de las debilidades de sus enemigos para asentar su poder. Incluso África había logrado sobreponerse a las guerras que había soportado desde el establecimiento del reino vándalo y la posterior reconquista romana, hasta el punto de servir como base para la revuelta de los Heraclios –Heraclio el Viejo y Heraclio el Joven-, aprovechando la independencia que habían logrado y las riquezas que habían podido acumular.

Y si desde Constantinopla habían sabido explotar las luchas intestinas, desde Ctesifonte seguirán la misma política. Hasta el advenimiento de Focas, el poder de la Romanía estaba firmemente asentado, contando con la aquiescencia de un monarca persa que le debía el poder y la vida, y que llamaba a Mauricio “padre y señor”. Pero todo cambiaría con su asesinato, momento en el que todo el Imperio quedó sumido en un reinado del terror que condujo al desmantelamiento del ejército y la administración. Este fue el momento elegido por Cosroes II para declarar la guerra y tratar de hacerse con la hegemonía en todo el Oriente.

Los efectos devastadores de la invasión persa se sumarían a la presión que en los Balcanes estaban ejerciendo la alianza entre ávaros y eslavos, que reducirían la presencia romana a unas pocas zonas costeras de la actual Grecia y que incluso llegaron a sitiar Constantinopla en 626, en cumplimiento con el pacto que tenían con Persia, que finalmente resultó un fiasco.

A la llegada al poder de Heraclio, el Imperio Romano de Oriente estaba al borde

del colapso, sin recursos militares ni financieros para continuar con el esfuerzo bélico para frenar el imparable avance de los generales enviados por Cosroes, mucho más capaces que los que había mantenido con vida Focas.

Más allá del enfrentamiento entre dos grande potencias, también hubo un importante componente simbólico, de lucha ideológica. Cuando Heraclio se puso al frente de sus hombres en los alrededores de Nicea, durante la primavera de 622, lo hizo desplegando como estandarte la “Imagen no Pintada por Mano Humana”, la Sábana Santa, presentándose como un rey sagrado. Una idea providencialista del poder que quedó en entredicho cuando, en 614, las tropas persas saquearon Jerusalén y se llevaron la Vera Cruz, entre otras reliquias. Sería la primera guerra santa, la primera Cruzada. Pero la lucha se dirigía contra un Estado en el que la mayoría de la población era cristiana. De hecho, una de las teorías que sostiene Soto Chica es la de la progresiva cristianización de Persia como consecuencia de las conquistas de los territorios de Siria-Palestina y Egipto, sumados a los nestorianos reconocidos por el *Rey de Reyes* y a la influencia ejercida por la reina Shirin, esposa favorita del soberano persa, proceso que se vio frenado por la irrupción de los árabes.

La “conquista islámica” es leída a la luz de las fuentes contemporáneas a los acontecimientos, alejándose de la estela trazada por el arabismo, centrado exclusivamente en la historiografía islámica, cuyos orígenes hay que buscarlos, como muy temprano, en el s. IX, dos siglos y medio después de los hechos que narran. En este sentido, podemos inscribir esta parte del libro en la línea de los trabajos llevados a cabo por historiadores como Patricia Crone. Se hace necesario desacralizar los orígenes del Islam, buscando su lectura como un acontecimiento histórico más que nació en un medio determinado en un período muy concreto. Y lo hace recordando las convulsiones a las que la Península Arábiga no era, en modo alguno, ajena y en la que la presencia de judíos y cristianos era muy considerable, como lo prueba el hecho de que Mahoma no fuese el único profeta y que su dimensión guerrera corriese en paralelo a la de reformador religioso. Faceta aquella que no sería abandonada, como evidencian los relatos en los que se pone de manifiesto la virulencia con la que la conquista fue llevada a cabo y que contrasta con el cuadro idílico que en buena media se ha empeñado en transmitir la tradición posterior.

La obra de José Soto Chica se convierte así en una obra de obligado conocimiento no sólo para los estudiosos de la Antigüedad Tardía o la Persia Sasánida, sino también para los arabistas dedicados a los orígenes y primera fase de la expansión islámica. Pero sobre todo, sienta las bases para la comprensión del mundo actual, ya que en buena medida, la problemática de fondo en el s. VII sigue vigente en nuestros días.

CARLOS MARTÍNEZ CARRASCO
CEBNCH– Universidad de Granada